

llevarse hacia arriba. La noche fue cayendo. Felipe subió al traspatio a descansar mientras los otros hombres seguían buscando. Sangraba por los hondos rasguños inferidos en su piel por los ostiones. Habían traído lámparas, antorchas, luminarias. Se daban opiniones. Alguien decía: Los tiburones han dado cuenta de ella. Rápido, un marinero contradecía: Las tintoreras no brujulean entre las rocas, mucho menos en tiempo de borrasca. En el traspatio las mujeres preparaban café. Los nadadores salían de vez en cuando, descansaban y volvían a sumirse. Sus cuerpos musculosos, semidesnudos, brillaban al resplandor de las fogatas. «La señora Delfina está muy grave», dijo Faustina. María Palito se persignó indecisa sin saber qué decir. Ave María. Varios pangueros trataban de acercar sus navíos, pero los arrecifes hacían difícil las maniobras. Apuntalándose en las piedras con los remos procuraban sondear con varas el fondo y a veces hasta creían tocar algo blanduzco que los decepcionaba y seguían buscando. La marea bajó tanto que a las pangas les fue difícil seguir junto a las rocas y prefirieron alejarse. Contra el decir del viejo marinero, muchos aseguraban que Dalila había sido presa de los pejes. Chago Manuel Ladera, que recién se iniciaba como Alcalde, dirigía las faenas con Nino Olaya. Trajeron aguardiente para los hombres. «Los que quieran café, vayan, lléguense a la olla. Mejor es que descansen un poco.» Los nadadores se echaron sus camisas al hombro y, así tal como estaban en pampanillas, añingotáronse junto a la fogata. Se sentaron en troncos, en piedras, en cajones. Con los tragos y el café bien caliente se fueron entonando. Se oían de vez en cuando los gemidos de la señora Fina respunteados por su tos asfixiante. Felipe, al acercarse, vio a Cándida abanicando a su madre. Don Plácido Ladera le daba a oler algo a la enferma. Varias viejas rezaban. Las muchachas repartían el café. Estaban las maestras y la nutrida parentela: Josefita del Vasto, Marucha Vela, Micaela Camargo, Moniquita Ceballos, Chana Recuero, Nenita Aguirre y Leila Barcia. Felipe se sentó en un taburete. Marucha Vela le dio una taza de café. Leila Barcia le dijo: «Todo te has tasajeado.» Le restañó la sangre de las heridas con un trapo mojado en árnica. Las tías colaboraban con don Plácido tratando de ayudar a la enferma. Chon Candela, que llegó en ese instante de algún julepe, se daba gran afán en la cocina calentando más agua. El Ñopo Juan bajaba la escalera. Lo seguía el padre Amado, que le decía: «Resígnate y acepta que Dios le manda al justo la pena para probarlo.» Sin embargo, el gallego no se mostraba resignado. Parecía zurumbático. Se echó en la hamaca. Parece como loco, dijo Marucha Vela. «Lo que está es bien borracho», diagnosticó Faustina. Se oyó una voz que dijo: Ya la marea ha vaciado. Y nuevamente recommenzó la búsqueda. Muchachas, viejas, hombres, todos fueron regándose por el mariscadero, con antorchas,

con lámparas. Cada cual se afanaba con la esperanza de descubrir antes que nadie el cadáver y dar la voz de alarma, las muchachas, descalzas y con las faldas arremangadas caminaban con tiento y lanzaban chillidos cada vez que sentían algún pinchazo. Las antorchas hacían bailar las sombras de manera grotesca. De pronto, alguien gritó. «¡La encontré!» Hubo un rumor de exclamaciones como si se tratase de un suceso de júbilo. Todos corrían con la esperanza de ver antes que nadie el cadáver. A las muchachas ya no las preocupaban las púas de los mariscos. Ya Felipe, que, se había adelantado, venía con el cadáver en sus brazos. Al darse cuenta de que estaba desnuda, las viejas, persignábanse y hacían mil comentarios de mala índole sin que por eso dejaran de mirar el cuerpo blanco y húmedo de Dalila iluminado por las antorchas parpadeantes. Tenía desgarraduras profundas en las piernas y brazos. La cabellera suelta, goteante, dejaba ver sobre la frente una herida honda. Ya el cortejo se acercaba a la casa. En la recámara se elevaron los ayes de la madre. La luz de las antorchas hacía bailar las sombras de los árboles. A Felipe se le apretaba el ánimo. Sentía los miembros yertos del cadáver, las carnes de Dalila que poco antes ardían entre sus manos. Subió con ella la escalera. En una mesa recubierta de colchas dejó el cadáver. ¡Mi hija! La señora Delfina hizo un esfuerzo, se desprendió de amigos y familiares y se abrazó a la extinta. Doña Cris se le acercó bondadosa. «Ten paciencia.» Y en tono más violento se dirigió a los hombres que miraban el cuerpo de Dalila, gritando: «¡Salgan todos! ¿No se han cansado de mirar?» Se quedaron con ella algunas viejas que vestían el cuerpo de Dalila. En el traspatio no se cabía de gente. Las muchachas distribuían café, aguardiente y cigarrillos. Se contaban percances anteriores, naufragios lamentables, historias de difuntos. Habían colgado hamacas entre los árboles. El Ñopo Juan roncaba en una de ellas. Los hombres se tendían sobre petates y las mujeres rezaban las letanías que había iniciado Faustina. El padre Amado había dicho su oficio de difuntos y bajaba al traspatio a echarse un trago y a alternar con los hombres. Los gritos y la tos de la madre interrumpían el monótono rumor de las plegarias. Felipe había bebido más tragos de la cuenta. Se cabeceaba. «¿Quieres café?», le preguntó oficiosa Leila Barcia. La miró con aguda perspicacia. Era bonita. «Estás cansado.» La vio de veras atractiva. Mejor es que te acuestes. Se tendió en una hamaca. Los gemidos de la señora Fina se diluyeron en su sueño. Al despertarse, notó que el día clareaba. Se sentía soñoliento y con dolor de cabeza. «Desde ahora en adelante vas a vivir en casa de la Nana –dijo Chon Candela–. Creo que el Ñopo no desea verte más por estos lados.» Se puso la camisa y, saliendo por la puerta trasera se fue enseguida. Ya la Nana tenía listo el café. Le dio una taza sin hacer comentarios. Felipe se

recostó en un catre y el sueño lo venció nuevamente. Su plúmbea pesadilla lo hizo verse así mismo en lucha cruenta contra feroces tiburones que se peleaban los miembros de Dalila. Liberado del íncubo, respiró a pulmón lleno. El sol quemaba. Tenía seca la boca y la camisa sudada. Se cambió a la carrera. Bajó por el barranco e inclinándose calmó su sed en la quebrada. De la casa del mirto lo llamó Leila Barcia: «Ya el entierro pasó. Debes correr si quieres alcanzarlo. Ya deben ir llegando al cementerio.» Habitualmente Leila lavaba en un remanso que formaban las aguas. Le gustaba cantar las melodías que Felipe modulaba en su armónica. La saludó con un ademán del brazo y se echó a andar a toda prisa. Tuvo que apresurarse para alcanzar el funeral. Se acomodó en la fila junto con Ceferino Barcia, Zósimo Chen y el Mogo Tin. Casi al llegar al camposanto comenzó a llover. Fue necesario apresurar el entierro para evitar el aguacero. El Ñopo Juan, borracho, se resbalaba a cada instante y lo tenían que apuntalar.

A la señora Delfina tuvieron que embarcarla al día siguiente de madrugada porque estaba muy grave. Felipe fue a ayudar a cargar bultos. En una hamaca dormía el Ñopo otra juma. Las tres Marías acompañaban a la enferma que apenas se podía sostener. Faustina y Chon Candela bajaron los últimos paquetes. La señora Delfina con Lala, Lola, Chabela y Cándida vestían de luto riguroso. ¿Guardaban en las arcas ropas de duelo para tal emergencia?

Talingo Pirinola las ayudó a embarcarse en la panga. ¿Por qué no estaba allí el Mogo Tin? Como era tímido preferiría ausentarse para evitar sentirse incómodo. Felipe no se atrevía a mirar a Cándida y comprendió que lo mejor habría sido no estar presente en el momento de la angustiada despedida, pues antes de subir a la panga la señora Delfina miró hacia la casona y al ver los arrecifes no pudo reprimir sus sollozos. El coro de gemidos se dejó oír como en la noche del percance. Dos de las tías se fueron con la señora Fina y Cándida. La tía María Isabel permaneció en la playa con Betín que, desde entonces, se quedaría en la isla con las tías solteronas.

—Debo atender al Ñopo —dijo Chon y, sin saludo alguno, se dirigió hacia la casona.

Chabela se enjugaba los ojos. Tenía a Betín al flanco.

Felipe se alejó con Faustina no sin mirar el zarpe de El Izabal cuya sirena dejó escuchar un estridente mugido. En la popa ondulaba la bandera movida por el viento sobre una recurrente estela de espumas.

Cándida no había querido ni despedirse de Felipe. Tenía razón si lo culpaba del incidente. Sin embargo, Pipe no se sentía del todo responsable.

En el instante en que Felipe y Faustina pasaban junto al defecadero, vieron que Cucho entró al retrete. Soplaban un aire fresco y agradable, pero apenas aquel santo varón soltó su vientre se elevó una hedentina de los mismos infiernos. Con toda la tristeza que lo embargaba Pipe no pudo reprimir un gesto de asco y hasta sintióse en ánimos de risa cuando Faustina dijo: —Ese pendejo tiene el estomago podrido.

Sólo eran luces de Bengala

—No te preocupes, Juancho Hermoso. Es natural que, siendo tú un simple vaporino, no tengas ropas adecuadas ni costosas como las mías. Forzosamente yo debo presumir pues soy marino graduado en la Escuela Naval de Barcelona. Tú eres sencillamente marinero y, además, pobre; yo, rico. Por lo que me has contado de tus viajes, creo que podrías servirme de piloto. Puedo emplearte en mi barco, pero esta noche preferiría que celebráramos nuestro feliz reencuentro después de tantos años. Te he traído a este sitio tan lujoso, no por hacer alarde ni, como has dicho, por afán de humillarte. Tú que me criaste, recuerdas que mi padre era un gallego tacaño. A mí, en cambio, me agrada derrochar el dinero. No tienes que apenarte por ser negro ni por estar trajeado pobremente. Nadie va a echarte. Estás conmigo.

—Claro, soy tu sirviente.

—No empieces a joderme con tu orgullo. Lo que quiero mostrarte es un par de hembras que están como las manda la Santa Madre Iglesia. Cuando las veas espero que te muestres agradecido. Nunca olvido que tuviste el engorro de cuidarme cuando yo era un chiquillo más travieso que el mismo Barrabás. Yo cometía las culpas; tú recibías los palos, porque yo te acusaba. Como tú eras el mozo, recuerdo que mi viejo gritaba ¿dónde está er mozo? ¿dónde está Juancho er mozo? Me legó una fortuna que, por simple venganza, he despilfarrado en centros elegantes como éste. ¡Mira el gentío que sigue entrando! Ya no hay ninguna mesa desocupada. Los que han llegado tarde se han quedado de pie. Y eso que, te aseguro, cada servida cuesta más que el carajo. Te juro que esto es lo más lujoso de la ciudad.

El Gran Hotel era en efecto el centro de diversión mas afamado. La clientela se había multiplicado en esos días pues los franceses acababan de inaugurar las obras para la excavación de un Canal Interoceánico. Multitud de ingenieros y hombres de negocios se daban cita en el bar o en el famoso patio interior del edificio.

Un enorme cartel de propaganda anunciaba la atracción principal de esa noche. Vestidas a la usanza oriental, dos primorosas bailarinas hindúes pronosticaban ser la maravilla de Bengala. Lo raro era que se llamaban Anangaranga y Kamasutra.

—Bailan semidesnudas y descalzas —dijo Juan Dávila—, adornadas con joyas y velos transparentes. Llevan en los tobillos tintineantes ajorcas. Ya vas a ver danzas rituales de Calcuta entre sahumeros y relumbrantes pebeteros que aroman el ambiente a base de humo de sándalo y otras esencias misteriosas.

La más nutrida y bulliciosa clientela llenaba el ámbito del elegante patio andaluz. Se escuchaban conversaciones en inglés, en francés, en español y hasta en chino. Los mozos circulaban con sus bandejas de un lado al otro y hacían prodigios de equilibrio para acercarse a cada mesa llevando vasos, copas, botellas y sifones.

Un sonoro y vibrante golpe de gong cortó de cuajo el alocado y ensordecedor clamoreo.

Se apagaron las luces como asimismo los últimos rumores. Sin embargo, entre los suaves acordes de la orquesta seguíanse oyendo los cristalinos ruidos de los vasos en las nerviosas manos de los **waiters**.

Una suave penumbra de variados colores iluminó en el centro de la escena, en hieráticas posturas, a las dos bailarinas, que eran idénticas, muy jóvenes y bellas. Entre la tenue melodía de la orquesta se oía un rítmico cascabeleo de crótalos. A través de los velos se entreveían a ratos curvas dóciles, bronceíneos senos, amén de nalgas, piernas, vientres y caderas ansiosas de caricias. Por lo menos eso pensaba **er mozo** admirando la prodigiosa gracia y la belleza de las dos bailarinas hindostánicas.

—No te entusiasmes mucho, Juancho Hermoso —dijo Juan Dávila—: pero si quieres verlas más de cerca tratarlas, acepta el puesto de piloto que te he ofrecido. Vete al muelle temprano con ropa de faena. Ambas gemelas serán huéspedes mías en mi lancha. Las he invitado a la isla. Mantente

lejos de ellas. Son coto mío de caza. Las quiero saborear a mi gusto una tras otra.

—Seguimos en las mismas —dijo el piloto—. Tú eres el blanco, el rico, el amo; yo soy el pobre negro discriminado.

—No te encojones. Te advertí que conmigo vas a ganar dinero con lo del contrabando, pero no debes olvidar las distancias.

—Ni tampoco otras cosas. Ya sé que en el momento en que el tamal se descubra seré quien va a la cárcel. Tú te lavas las manos, porque la oligarquía es immaculada. Seguimos en los tiempos de la Colonia. Tú descendes de la raza española esclavizante y falsamente cristiana. Yo procedo de la de los esclavos cimarrones rebeldes.

El asunto era claro. Juan Durgel comprendía que él a lo sumo sería lugarteniente del otro; pero, pensó, no olvidó que soy un negro astuto. Ya encontraré la forma de aprovecharme y de joderte.

Al día siguiente, ya en ropas de faena y descalzo, Juancho esperó desde temprano limpiando con el mayor esmero la embarcación que, sin ser nueva, tenía muy buen aspecto y era una confortable gasolinera.

Cada vez que, al regreso de alguno de mis viajes como grumete o marinero, yo hacía escala en Colón, solía buscar a Juan en los garitos. Joven aún y sin mayor experiencia de la vida, despilfarraba la fortuna que le dejó el gallego Sebastián. La tienda de abarrotos y ultramarinos había caído en manos de agiotistas. De sus estudios en la Escuela Naval de Barcelona Juan Dávila no obtuvo grado alguno. Fanfarroneaba. Seguía viviendo en la costa atlántica y había comprado un yate elegantísimo que sólo le servía para parrandas con putas y amigos. Siendo diez años mayor que él, cuando era apenas un pequeñín recién nacido, tuve que hacerle casi de nodriza, pues mi mamá no daba abasto con el trabajo de la tienda. Ya crecidos ambos, fui su eterno compañero de juegos y su guardián hasta cumplir mi adolescencia. Esos buenos aunque tristes recuerdos me hacían buscarlo, guiarlo y aconsejarlo tratando de evitar que inútilmente perdiera su fortuna. Cuando estaba borracho me trataba de manera grosera. De todos modos, tanto insistí que, al fin y al cabo, logré convencerlo de que adquiriera en el Pacífico una lancha que pudiera servirle para viajes de carga y pasajeros. Ya veo que me hizo caso. Vendió el yate y ahora lo creo mejor encaminado.

Juan Dávila, presuntuoso como era, se presentó vestido, con nítida elegancia. Ropa y zapatos blancos. Todo un perfecto capitán de navío.

Nadie podría negar la diferencia de clases entre ambos hombres. Juan Dávila era el rubio mandamás: Juan Durgel, el piloto con marcado carácter de factótum pues al unísono ejercería las funciones de marinero, maquinista, camarero y sirviente.

En una panga llegaron las gemelas muy bien vestidas, sonrientes, juveniles. Venía con ellas una negra alta y flaca que les servía de institutriz. Después supe que, además de empresaria, las cuidaba como un perfecto cancerbero.

Ni Juan Dávila hizo el menor intento de presentármelas ni yo el más leve indicio de que deseaba conocerlas. Todo en su punto. Cada quien en su puesto. Él era el amo; yo, solamente, un peón.

Sonó la campanilla. Puse en marcha la máquina y la nave arrancó rumbo a la isla.

Me pareció bastante raro el hecho de que las bellas bailarinas de la India, en su agradable parloteo con el aya, no se expresaran ni en hindú ni en inglés sino en perfecto español y con un dejo bastante familiar. ¿Serían auténticas o un fraude del pícaro Juan Dávila? Se despejó mi incógnita casi al llegar a la isla.

Cuando escuché la campanilla llamándome, entré al pequeño camarote de proa.

Supuse que el capitán querría darme órdenes con relación a la llegada, pues la lancha se aproximaba al muelle. Juan Dávila me hizo cerrar la puerta. Quería hablarme en privado. Me dijo qué deseaba advertirme que las gemelas no eran nacidas en Calcuta sino en la isla. Sólo eran luces de Bengala. Un simple truco para engañar al público.

Juan Dávila quiso justificase:

—Las he educado y he costado sus estudios. Es natural que las explote. Y he de seguir haciéndolo como empresario de ellas, no solamente porque producen buenos réditos sino además porque me gustan y me muero de ganas por fogueármelas. Coquetean y les sacan dinero a los clientes, pero de allí no pasan. Aún siguen siendo vírgenes. Les hago a ambas la corte y a lo mejor esperan que me decida y hasta tal vez me case con una de ellas, pero mis intereses, te lo digo en privado, van por otro camino, pues hay en la isla una rica heredera que es la que me conviene. Sin embargo, como a

mf me interesa gozar a ambas gemelas, necesito tu ayuda. Una noche cualquiera, de paseo en esta lancha, las haremos beberse un tabacazo y asunto concluido.

Abrió la puerta y, asomándose, llamó a las tres mujeres.

—Nanda, Tuta y Faustina, vengan acá.

Me impresionó escuchar los nombres, y sobre todo, el último. ¿Faustina? Por más esfuerzos que hice no pude columbrar en mi memoria que relación tenían mis ojos garzos con los de la delgada y adusta institutriz, que eran verdes, misteriosos, diabólicos, idénticos a los de ambas gemelas.

Mal vestido y descalzo, yo me sentía bastante incómodo ante ellas y me mantuve tenso como a la espera de órdenes.

Señalándome como quien muestra a un perro, Juan Dávila les dijo:

—Les presento a mi nuevo maquinista, Juancho Hermoso. Es mi segundo de a bordo. Será mi compañero y guardaespaldas porque es fuerte y valiente. Si alguien se mete con ustedes, recibirá su merecido. Juancho Hermoso las sabrá defender.

Las dos jóvenes se mostraron cordiales.

—Esta es mi tía Faustina —dijo una de ellas.

La negra me miró inquisitiva. Yo, al escuchar su nombre nuevamente, hice otro esfuerzo, pero no pude hallar en mi memoria el dato o el rasgo que, como ya intuía, me iba a asociar con ella.

Mientras estuvo hablando, Juan Dávila no se olvidó del rumbo maniobrando la rueda del timón. En ese instante, él mismo sonó la campanilla. La nave estaba a punto de acodarse al muelle.

Yo que jamás había viajado a la isla me impresioné viendo el paisaje mientras ataba sogas y hacía posible el desembarco.

Recogí el equipaje, que no era mucho, y proseguí tras ellos hacia un enorme galpón destartalado en cuyo frontis un ruinoso letrero decía BLUE MOON.

Quien salió a recibir a las gemelas y les dio un gran abrazo fue otra mulata entrada en carnes cuyos extraños ojos verdes me produjeron también la idea de algo muy íntimo, muy cercano a mi vida.

—¿Qué tal, mamá? —dijeron las gemelas casi al unísono.

Faustina saludó secamente:

—Vengo cansada, Fífila.

De un solo golpe recordé claramente mi adolescencia en Matachín. En ese tiempo, Faustina y Fífila sólo eran dos chiquillas. Aunque ambas me miraron de modo intenso, no me reconocieron. Seguramente las despistó mi barba.

IV

Martingalas de un místico

Cuando le dieron de alta en el manicomio por ser loco pacífico según él mismo declaraba (tal vez se había fugado, vaya usted a saber) Chinino se hizo místico y se ocupó con fervor de los asuntos de la iglesia. Se dedicó a limpiar los cobres, las imágenes. Un afán obsesivo de limpieza lo poseía, ansia que él confundía con la pureza, con su horror al pecado de la carne motivo por el cual se la pasaba arrodillado en la iglesia rezando con unción, arrepentido de su horrible pecado que él recordaba como si el pecador fuese otro, alguien que, oculto en su interior, lo impulsaba a cometer tropelías. En el psiquiátrico, con la cooperación de las enfermeras, se acostumbró a leer libros científicos y a escuchar las lecciones allí dictadas lo cual enriqueció su vocabulario con términos que luego empleaba a su albedrío. Tenía manía por la palabra catarsis que él confundía con una especie de suero, vacuna, magia o sortilegio para la purificación. Aseguraba que lo habían sometido a un tratamiento para librarlo de la dipsomanía. Los malpensados libaban ron junto a él con excesivo deleite para animarlo o lo engañaban con refrescos fingidamente inocuos mezclados con su pizca de ron, mínima dosis que lograba embriagarlo. Era entonces cuando le daba por pronunciar discursos desde el atrio, sermones entre sacros y laicos profetizando el fin del mundo y arengando a los fieles, invitándolos al arrepentimiento pues debían prepararse para el terrible día del Juicio Final. En sus periódicas peroratas jamás dejaba de mencionar a los demonios que en forma de murciélagos se habían posesionado de la iglesia. Sombrías legiones de ellos invadían el altar y el techo, claro preanuncio de que ya la isla estaba en manos de Satanás.

Una noche, ebrio, descalzo y aun sin medias, sumido en el más profundo sueño, pasó la noche tendido sobre una de las bancas de la iglesia.

Al despertarse con el toque de la primera misa, Chinino se dio cuenta de que aquellos demonios o malditos vampiros hematófagos como Ladera los llamaba se habían dado un festín picándolo en los pies, en las manos, en las orejas y en los labios, succionándole su preciosa sangre que era, según decía, tan pura como la propia sangre de Cristo.

Se puso furiosísimo y comenzó a vociferar contra las autoridades civiles y eclesiásticas que se pasaban la vida rascándose los huevos y no hacían nada contra esa horrible plaga de murciélagos.

La cólera lo fue iluminando, se sintió de repente Redentor, Salvador de la isla y esa misión soteriológica lo impulsó de inmediato a la acción.

Mientras tocadas con sus mantos oscuros las primeras mujeres entraban en la iglesia, Chinino salió al atrio y anunció con severa solemnidad que en ese instante iba a buscar la escopeta de Papa Chente (cargada con buenos perdigones) para de un solo tiro acabar con los diablos por obra y gracia del Espíritu Santo.

Papa Chente, que hacía en ese momento en la playa sus matutinas necesidades, corrió apenas lo supo para evitar el desafuero.

Mientras iba corriendo hacia la iglesia se imaginaba a cada instante la gran detonación en el templo, las tejas rotas y el techo desfondado.

Afortunadamente llegó a tiempo.

Chinino daba gritos tratando de alarmar y alborotar a los vampiros que, en efecto, revoloteaban lanzando escalofriantes chillidos. Las beatas, asustadas, corrían de un lado a otro gritando **miserere nobis** considerando que había llegado el fin del mundo.

Furioso con Chinino, Papa Chente le quitó la escopeta y le asestó varios palos con su bastón.

Chinino se echó a llorar como un chiquillo con una furia concentrada poco común en él, maldiciendo y profiriendo denuestos contra el papá. Te va a pesar, viejo pendejo, murmuraba entre sí.

Papa Chente llevó enseguida la escopeta a su casa donde, para su asombro, encontró a Leila con los primeros síntomas del parto.

—Voy rápido a buscar a Faustina. No dejes que Chinino vuelva a coger la tercerola.